

LA TRIBUNA | Los pueblos han usado y usan la calle para derribar a sus opresores, pero también en los países democráticos las protestas pueden tener un papel relevante al que los dirigentes deben prestar atención
Por Eduardo Jara Roncati, diplomático chileno y miembro del Seminario de Investigación para la Paz

El poder de la calle

La calle nunca ha dejado de ser un escenario importante de la actividad política de los pueblos, pero en estos últimos tiempos está mostrando una dimensión y un poder muy especiales. Las calles del mundo han visto pasar a revolucionarios, así como a pueblos que perseguían desembarazarse de sus opresores. Ha escuchado el 'sueño' de Martin Luther King y ha destruido el Muro de Berlín. Y ahora está permitiendo acceder a la democracia a pueblos que nunca la habían tenido y escuchar voces que habían sido silenciadas por intereses políticos o económicos.

Los hombres, mujeres y niños de los países llamados árabes están usando las calles para hacer salir de sus nidos dorados a dictadores que se habían mantenido en el poder por decenios mientras ahogaban a su propia gente en el olvido y la pobreza. Hasta ahora se habían protegido cerrando todas las compuertas que daban acceso a sus palacios, pero habían olvidado la calle y esta ha sido la vía usada para ponerles fin.

El dictador es enemigo de la calle, la odia y la teme. Jamás será visto caminando por ella y tampoco le agrada que sea usada por el pueblo. Los primeros enemigos del autócrata son los que sa-

len de sus casas para compartir sus desgracias y ver la manera de ponerles fin en conjunto.

En cambio en democracia se valoriza por su pasado de heroicidad, pues ha sido usada por forjadores y defensores de sus naciones, lo que la hace respetada. A menos que se trate sólo de manifestarse por propuestas o aspiraciones los pueblos democráticos no tendrían necesidad de recurrir a las calles, pues los ordenamientos constitucionales contemplan rutas para escuchar a los ciudadanos a través de sus representantes. Cuando en democracia el pueblo sale y ocupa las calles es porque los canales legales están bloqueados o no están funcionando de la manera como debiera corresponder.

«Cuando en democracia el pueblo sale y ocupa las calles es porque los canales legales están bloqueados o no están funcionando correctamente»

Pero eso es lo que está ocurriendo en la actualidad. En Estados de derecho con democracias avanzadas son cada vez más los que no reconocen ni recurren a estos canales y deciden hacer oír su mensaje de una manera enfática y por una vía directa. No quieren hacer uso de ellos, sea por desencanto o por falta de sintonía con sus propuestas, lo que es más complejo cuando hay un proceso globalizador que facilita el contagio. El Estado tiene el recurso de usar la fuerza, incluso el derecho a hacerlo, pero sus límites están determinados por el respeto de los derechos de las personas.

Junto con ser un último recurso, la calle se ha convertido en un peligro latente para todos los gobernantes que no logran satisfacer las aspiraciones de su gente. No importa quiénes la usan, 'ocupas', estudiantes, indignados, lo trascendente es que constituyen una nueva voz que suena alto y llega cada vez más lejos. Mientras más elevados son los niveles de vida, más exigentes son sus habitantes. Los gobernantes están obligados a poner atención, explicar mejor y a tiempo las cosas, escuchar propuestas que la mayor parte de las veces son justas, para evitar problemas.